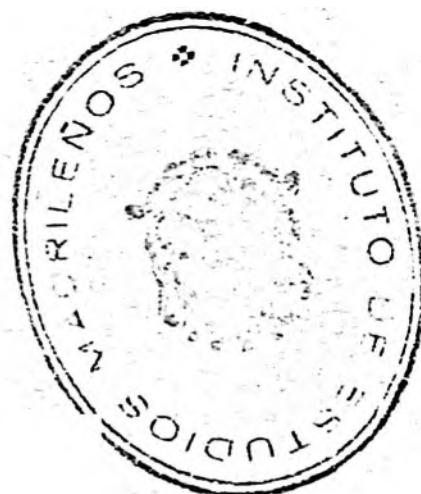


ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo I



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1966

S U M A R I O

	<i>Páginas</i>
PRESENTACIÓN	5
 EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Patronato. Junta Directiva	11
Miembros numerarios	12
Miembros honorarios y numerarios fallecidos	17
Actividades del Instituto durante 1965, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	19
Apuntes para una futura bibliografía del Instituto, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i> .	25
 SEMLANZAS DE MADRILEÑISTAS	
Don Agustín González de Amezúa, por <i>Juana de José Prades</i>	41
Don Cayetano Alcázar Molina, por <i>José Cepeda Adán</i>	59.
 E S T U D I O S	
Algunos aspectos del Madrid de Felipe II, por <i>José Antonio Martínez Bara</i> ...	67
El proceso de Carranza: Algunas consideraciones, por <i>Manuel Fernández Alvarez</i> ...	77
Recepción madrileña de la reina Margarita de Austria, por <i>Eloy Benito Ruano</i> ...	85
Anales de la construcción del Buen Retiro, por <i>José María Azcárate</i>	99
El Madrid y los madrileños del siglo XVII según los visitantes ingleses de la época, por <i>Patricia Shaw Fairman</i>	137
Madrid en la vida y obra de Pedro Liñán, por <i>Maximino Marcos Alvarez</i> ...	147
Ediciones olvidadas del teatro de Tirso de Molina, por <i>Fray Manuel Penedo Rey (O. de M.)</i>	161
Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII, por <i>Mer- cedes Agulló y Cobo</i>	169
Músicos madrileños y músicos madrileñizados. (Páginas históricas), por <i>José Subirá</i> .	209
El Madrid de Carlos III en las cartas del marqués de San Leonardo, por <i>José Cepeda Adán</i>	219
Bodas reales bicentenarias en Madrid, por <i>Florentino Zamora</i>	231
El Puente de Viveros. (Accesos de Madrid en el siglo XVIII), por <i>M. del Carmen Pescador del Hoyo</i>	253

Fuentes para el conocimiento histórico-geográfico de algunos pueblos de la provincia de Madrid en el último cuarto del siglo XVIII, por Fernando Jiménez de Gregorio	263
«El Duende crítico de Madrid» en el siglo XVIII, por Isidoro Montiel	279
Contratiempos lírico-teatrales madrileños, por Nicoldás Alvarez Solar-Quintes	297
Acerca de un supuesto madrileño: don Pedro de Estala, por Jorge Demerson	309
El Catastro en la provincia de Madrid durante el pasado siglo, por José Gómez Pérez	315
Apostillas al homenaje de la Real Academia Española a Lope de Vega en 1862, por Ramón Esquer Torres	327
Fiestas madrileñas del Centenario del Descubrimiento de América, por José del Corral	335
Notas para el estudio del habla en Madrid y su provincia, por Antonio Quilis	365
La prensa madrileña como tema de investigación universitaria, por Leonardo Romero Tobar	373
Pasado, presente y futuro de la red de caminos de la Excelentísima Diputación Provincial de Madrid, por Angel Torres Ossorio	379
El Museo del Monasterio de la Encarnación, por Paulina Junquera	385
La nueva estructuración parroquial de Madrid, por Jacinto Rodríguez Osuna	391
El problema de la circulación en Madrid, por Antonio Valdés y González Roldán	405
Índices estadísticos de nuestro Madrid y su evolución contemporánea, por Ricardo Vilalta Fargas	413
Planes municipales en Educación y Cultura, por Antonio Aparisi	423

MEMORIAS Y RECUERDOS

Las tertulias médicas de antaño: Cajal en los cafés madrileños, por José Alvarez-Sierra	433
Los saloncillos de autores, por Federico Romero	443
Mis primeros recuerdos madrileños, por Federico Carlos Sainz de Robles	455
Azorín, años atrás. (Unas cuartillas inéditas del Maestro), por Mariano Sánchez de Palacios	467

MATERIALES DE TRABAJO

Catálogo de manuscritos madrileños que se conservan en el British Museum, por Francisco Aguilar Piñal	475
Nómina de escritores naturales de Madrid y su provincia (siglos XV-XVIII), por José Simón Díaz	501

«EL DUENDE CRÍTICO DE MADRID» EN EL SIGLO XVIII

Por ISIDORO MONTIEL

En la historia de la sátira político-social española éstas del *Duende Crítico de Madrid* en el siglo XVII fueron de las más verídicas y punzantes. Lo avanzado de sus ideas y el desenfado audaz de su lenguaje, así como también la comicidad y el humorismo que en ellas se advierten, fueron un signo más del espíritu de libertad y de crítica que empezaba a desarrollarse en las primeras décadas del siglo XVIII¹. Verdad es que la política y la sociedad que critica este Duende del siglo XVIII es tan antigua, como que parece la misma ya desplegada en otros momentos de la historia de España, aunque los personajes satirizados y puestos en ridículo en esta época de los primeros años borbónicos sean otros y parezcan zaheridos en forma injusta al compararlos con los anteriores. Recordemos los dos decenios del reinado de Enrique IV de Castilla (1454-1474), y no es de extrañar que en aquel ambiente la literatura del libelo, de la sátira bien soez y desvergonzada, a la manera de las *Coplas del Provincial*, bien grave y amonestadora, como en las *Coplas de Mingo y Revulgo* y *¡Ay, panadera!*, encontraran su mejor terreno. Documento animado del mismo espíritu de sátira y rebeldía fue aquel que se llamó *La danza de la muerte*, en el siglo XV, y que, respondiendo a los motivos difundidos en Europa durante la Edad Media, sintetiza cual ninguno el cambio de espíritu determinado en la época del primer Renacimiento. No otra cosa es el pesimismo epicúreo, matizado con una ironía trascendente y amarga, que se advierte en la *Celestina*. Y si en las novelas picarescas nos detenemos, bien pronto salta a la vista que sus argumentos están cargados de notas satíricas que perfilan cari-

¹ V. PAUL HAZARD: *La crisis de la conciencia europea*. Traducción de JULIÁN MARÍAS. Madrid, 1941. *El pensamiento europeo del siglo XVIII*. Traducción de JULIÁN MARÍAS. Madrid, 1946.

caturas de contornos exageradamente burlescos, sombrios o pesimistas. El mismo *Quijote*, aunque su figura nos haga reír y su risa se convierta en sentimiento de ternura y en callada simpatía y admiración, está impregnado de una amargura y causticidad satírica que nos lleva a pensar en cuán loca y ridícula es la humanidad entera. Lo más logrado en el caricaturesco barroquismo conceptuoso de Quevedo es la sátira hilarante y demoledora que se advierte en su *Buscón*, en el *Sueño del Juicio Final*, en *La hora de todos...* En la misma línea parece estar el anárquico y multiforme Digo de Torres y Villarroel, figura capital de la literatura posbarroca, y cuyos *Sueños morales*³ describen también una visión satírica de los tipos y costumbres de aquella época. Hasta en los rincones más escondidos de su obra llega un desolado conocimiento de las gentes, un profundo y agresivo pesimismo, coincidente con las sátiras del *Duende Crítico de Madrid*, su contemporáneo. Sus lamentaciones por la decadencia de España en las primeras décadas del siglo XVIII son las mismas casi que las expresadas por el *Duende* en la política, y por Feijóo⁴, Isla y los demás reformadores, en el orden cultural, moral, religioso y literario. Torres, como «Jorge Pitillas» en su *Sátira contra los malos escritores* (1742)⁵, Feijóo, Isla, y el *Duende*, se deslizan entre el resentimiento y la disconformidad del ambiente de la época, trazando de rechazo una impresionante imagen de lo que fue la empelucada sociedad del siglo XVIII. Es en este momento crucial, cuando surge la figura misteriosa del *Duende Crítico de Madrid* con sus escandalosas y punzantes sátiras. Hasta qué punto estas sátiras reflejan con su soez pintura un ambiente que existía en la realidad, no es posible determinarlo con exactitud; pero la lectura de ciertos documentos históricos y el testimonio emitido por escritores de la época inducen a pensar que los tiros iban bien dirigidos. Lo que sí se deja entrever en ellas es una gran animadversión contra el régimen borbónico recientemente establecido, y tal vez un mal deseo de vengar injurias sufridas anteriormente en algarabías y motines populares; pues es sabido que el llamado *Duende Crítico de Madrid*, autor de estas sátiras, era un fraile portugués, carmelita descalzo, que había luchado antes en la guerra de Sucesión defendiendo la causa de los austriacos, y que al establecerse en Madrid para seguir de cerca aquellas intrigas palaciegas del régimen borbónico, lo hacía por favorecer las miras políticas del entonces rey de Por-

³ V. DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL: *Sueños morales...* Madrid, 1727, 1751 y 1786.

⁴ V. BENITO JERÓNIMO FEIJÓO Y MONTENEGRO: *Teatro crítico*. Madrid, 1773, 8 vols. *Cartas eruditas y curiosas*. Madrid, 1774. Selecciones de textos en *Autores Españoles*, t. LIV; en Clas. Cast., vol. XLVIII, prólogo y notas por AGUSTÍN MILLARES CARLO, Madrid, 1923-26 y 1928; y en la Col. «Breviario del Pensamiento Español», por J. ENTRAMBASAGUAS, Madrid, 1942, 3 volúmenes.

⁵ V. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO, marqués de Valmar: *Poetas líricos del siglo XVIII*, en «B.A.E.», vol. LXI, Madrid, 1952, t. I, págs. 87-94.

tugal Juan V (1706-1750), simpatizante aliado del pretendiente Carlos de Austria⁵.

Muy protegida debió de estar la actitud del *Duende crítico* por influencias y poderes de entonces, a juzgar por la impunidad y libre facilidad con que circulaban sus sátiras. Se dijo por entonces que el rey Felipe V, aún no curado de sus melancolías y antiguas manías por mortificar a unos y volver locos a otros, se entendía con este *Duende*, le facilitaba la circulación clandestina de sus sátiras, y al fin dispuso su evasión secreta de España. Sabido es que el ministro Patiño era odiado por Felipe V, hasta tal punto que hizo poner un portier para no verle cuando venía a despachar los negocios de Estado con la reina Isabel de Farnesio⁶. Durante un período comprendido entre el 8 de diciembre de 1735 hasta el 7 de junio de 1736 circularon por la corte estas sátiras manuscritas en hojas clandestinas. Regularmente salían todos los jueves, encabezadas con la fecha del día y el año, y firmadas por las palabras: *El Duende*. Algunas, muy pocas, aparecieron sin fecha. Copias de las mismas se encontraban, sin saber cómo, en los bolsillos de la casaca de los políticos, especialmente en la del ministro Patiño, en la alcoba íntima de la reina Isabel de Farnesio, en el despacho del cardenal Molina, bajo las servilletas en los banquetes palaciegos, y en algún que otro tocador de damas de la corte o mesas de despachos oficiales. La algazara de la gente ociosa, el correr de las burlas y los chismes, que cuando vienen propalando calumnias contra el que manda, siempre son bien acogidas y las aplaude el vulgo rasero, produjeron un estado alarmante en la corte y facilitaron más la difusión de estas sátiras. Existía un afán de copiar y repartir, de mano en mano, por doquier, las hojas clandestinas, y no se hablaba de otra cosa más que de las sátiras groseras del *Duende*. Las autoridades ministeriales no pudieron evitar que durase más de seis meses este escandaloso proceso, que ridiculizó la inteligente y laboriosa acción del ministro Patiño, desacreditó su política y la de la ambiciosa reina Isabel de Farnesio, haciéndoles sumergir en un abismo de preocupaciones, y haciendo reír a la corte y al pueblo en una orgía desenfrenada de chismes y de escandalosas delaciones.

A fuer de ser justo y juzgar por la crítica histórica, no fue merecedor don José Patiño de aquella mordaz y despiadada crítica; pues precisamente, en este tiempo, su década 1726-1736 como ministro de Felipe V puede conside-

⁵ V. MANUEL BERNARDES BRANCO: *Portugal na época de don João V*. Lisboa, 1886. Catalogue des lettres de créance, dépêches, traités, conventions, contracts, mémoires et autres documents officiels, referentes a embajadores de Pedro II y Juan V, reyes de Portugal. Lisboa, 1894.

⁶ V. ANTONIO RODRÍGUEZ VILLA: *Patiño y Campillo. Reseña histórico-biográfica de estos dos ministros de Felipe V...* Madrid, 1882, pág. 105.

rarse como la más fecunda de su vida, especialmente en lo que se refería a la orientación de la política internacional española⁷. Hombre de talento, labiosidad y honradez, no tuvo riquezas ni se aprovechó, como otros, de su privilegiada situación política para enriquecerse. Ha sido reputado como uno de los más grandes economistas de su tiempo, y en cuanto a estadista y diplomático pudiera compararse con Walpole, Koeningsg y Fleury⁸. Algunos historiadores le han dado en llamar el calificativo de Colbert español. Lo que ocurre es que le tocó gobernar en uno de los momentos más decisivos para la historia de España: en la encrucijada de la llamada generación crítica, la primera generación del siglo XVIII, representada especialmente por Feijoo en la esfera intelectual y por el mismo Patiño en la política⁹. El verso de Mio Cid viene aquí en el más perfecto encuadramiento: «Dios, qué buen vassallo, si oviesse buen señor.» Tras el anquilosamiento espiritual y físico que España venía padeciendo con motivo de la derrota militar del seisientos y los episodios de la guerra de Sucesión (1701-1714), el momento tenía que ser de obsesión revisionista y purificadora de la herencia recibida. En tal coyuntura aquellas sátiras del *Duende* no podían ser más injustas contra Patiño. Tanto le afectaron a Patiño, que, se dice, agravaron su enfermedad moral y anticiparon su muerte, acaecida en 3 de noviembre de 1736.

Al hacer un examen detenido e imparcial de las susodichas sátiras, se podrá advertir en ellas la gracia y el desenfado propio de esta clase de escritos. El cuerpo principal de la obra está compuesto en verso, aunque existen artículos satíricos en prosa. Su mayor interés no está en su calidad poética y literaria, sino en su valor documental que, aunque en rasgos irónicos y chispeantes, refleja los diversos estratos de una polémica desarrollada en los primeros años del régimen borbónico. En el conjunto de poemas varios campean versos buenos y fluidos con algunos malos e incorrectos. Su característica esencial es la sátira personal y casera. Su aspecto doctrinal y didáctico deja mucho que desear, pues aunque el *Duende*, autor de estas sátiras, quiere alardear de erudición y de conocimientos diplomáticos, cae en el vacío y en la ignorancia, cuando intenta abordar dentro de sus sátiras problemas de política interior o exterior palpitantes en aquella época. El *Duende*, en sus sátiras, parece esforzarse solamente por ver el ridículo de las personas y hechos que satiriza, llegando incluso a imaginario en aspectos que no existen. En sus

⁷ V. VICENTE PALACIO ATARD: *Un escritor político de 1714*, en «A.H.D.E.», XVIII, 1947.

⁸ V. ANTONIO VALLADARES DE SOTOMAYOR: *Fragmentos históricos para la vida... Josef Patiño...* Madrid, 1790; *Memorias militares de D. Jaime de Guzmán Dávalos Spinola, marqués de la Mina...* Madrid, 1898, 2 vols.; y en «B.A.H.», t. II, 1882, pág. 185.

⁹ V. JUAN REGLA Y SANTIAGO: *Historia de la cultura española. El siglo XVIII*. Prólogo de JUAN PETIT. Barcelona, 1957, pág. 56.

versos no se transparenta la expresión lírica de un enfoque educativo, de buen gusto y de criterio recto y moral contra el vicio, que es el ideal superior de la sátira, y el que domina precisamente en los principales satíricos, como Persio, Juvenal y sus imitadores. Lo inmoral que las sátiras del *Duende* flagela es simplemente una lírica indignación, de tono personal y apasionado, propia de una subjetividad envenenada por la envidia y la venganza sentidas en un complejo de inferioridad que, las más de las veces, desemboca en burla insignificante y en carcajada sangrienta de sarcasmo irónico y mordaz.

A la manera de otros duendes ya conocidos en la literatura satírica hispana, éste entra en lides con una Introducción, fechada el jueves 8 de diciembre de 1735, en la que se define para siempre como autor de las susodichas sátiras. Dice así:

Yo soy en la corte
un crítico duende,
que todos me miran,
y nadie me entiende:
cuando meto ruido
en el gabinete
asusto a Patiño
y enfado a los reyes.
.....
Remedio en sus males
suave no esperen
que ya está podrido
el miembro doliente.
.....
Histérico era ¹⁰
el mal que padecen,
y ya es mal francés ¹¹
con mil accidentes,
y con indicantes
de daño más fuerte,
que piden reparos
efectivamente.
.....

¹⁰ Alude a la influencia francesa y a las consecuencias de ambiente y de política producidos por la Guerra de Sucesión. La Corte estaba dividida en tres partidos: el francés, el español y el austriaco. El francés subdividido en dos grupos —uno formado por españoles y otro por franceses—, con su afán de reformas, a los que se oponían los tradicionales por la simple intervención de extranjeros en el gobierno. El partido español, dirigido por el conde de Montellano, aceptaba las reformas, pero era enemigo de violencias; el partido austriaco, vencido en Madrid, triunfaba en Barcelona y en Lisboa, poniendo en peligro el gravísimo problema de la unidad nacional. De todo esto se aprovechaba el *Duende Crítico* que, movido principalmente por resabios y afanes personales, punzaba con sus sátiras clandestinas en un ambiente de opinión dividida y descontentadiza.

¹¹ Alude a la enfermedad entonces tan temida y tan frecuente de la sífilis, vulgarmente

Desvelan se todos,
y el nuestro parece
que tiene modorra
según lo que duerme ¹².

.....

Tendrá mi visita
segura los jueves
aunque se opusieran
los siete durmientes ¹³;
y lo he de sanar
o hacer que lo entierren,
que para tal vida
mejor es la muerte.
No hay que conjurarme
para conocerme,
porque yo soy solo
el Crítico Duende.

Siguen luego poemas que titula recetas, pronósticos, artículos en prosa alusivos al cardenal Molina, décimas tituladas «Las ocho bienaventuranzas», y otros que sería prolijo enumerar aquí. Entre todos destacan, como mejores sátiras de la colección, la primera y segunda parte de su alusivo «Consejo de Estado» que fingió haberse celebrado en el palacio real del Pardo, y las «Confesiones de Semana Santa» insertas en sus dos sátiras del 19 y 29 de enero de 1736. Supone en estas últimas que todos los funcionarios de la Secretaría de Estado, que regentaba el ministro Patiño, se preparaban para el obligado cumplimiento pascual con la Iglesia y hacen confesión con el padre Patiño, teniendo en cuenta que éste había sido novicio jesuita en su juventud y había abandonado la Compañía para dedicarse a la carrera diplomática y administrativa. En el transcurso del poema Patiño aparece a su vez confesante de sus flaquezas, galanteos, fraudes y manejos, todo ello simulado en verdades y supuestas calumnias y mentiras. Hay otra sátira que merece destacarse y es la titulada «Coloquio entre Perico (que es el Duende de Patiño) y Marica» (que es la curiosidad discreta)... Los dos personajes que hablan en este coloquio, haciéndoles razones sobre los negocios públicos, aparecen ya en la literatura satírica de fines del siglo XVII, especialmente en los *Colo-*

conocida con el nombre de «mudas» o «mal francés», que en España se le designaba con la denominación de «maladie de Nápoles» o «fuego español».

¹² Patiño era muy propenso al sueño, pues con frecuencia se quedaba dormido. Torpe de manos en el manejo de los papeles, ni cerraba las cartas, ni volvía el papel cuando escribía al dorso de su puño y letra. Padecía frecuentes distracciones.

¹³ Parece referirse aquí el Duende al rey Felipe V, a la reina Farnesio, al cardenal Molina, al príncipe de Asturias más tarde Fernando VI, al marqués de Castelar hermano de Patiño, al ministro Patiño...

quios de Perico y Marica, y han ganado prestigio pasando después, como tópico muy usado, a la literatura regional española e incluso a la de los gauchos en la América del Sur¹⁴. Escrito en forma dialogada, los dos personajes hablan sobre el viaje que hicieron los reyes de España el día 4 de abril de 1736 al real sitio de Aranjuez con una gran lluvia, para librarse solamente de algunos papeles del verdadero *Duende*.

Estas sátiras llegaron a ser muy conocidas, y se hicieron varias copias que, más tarde, colecciónadas con el título de *Papeles satíricos del Duende de Madrid* pasaron a la historia, para ignominia de aquel inteligente y laborioso ministro Patiño, y para vergüenza de una corte afrancesada, decadente, llena de intrigas y covachuelas, y regida por la ambición de una reina extranjera. Entre las colecciones manuscritas más completas, y quizás mejor conservadas, del *Duende Crítico de Madrid*, merecen citarse las nueve existentes en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, de las cuales dos proceden de la biblioteca particular del hispanófilo e hispanista alemán, establecido en Cádiz, don Juan Nicolás Böhl de Faber, y una de la de Augusto Ulloa¹⁵. Otros manuscritos, con el mismo o variado título, existen en el Museo Británico de Londres¹⁶, en la Biblioteca Nacional de París¹⁷, en la Biblioteca de Menéndez y Pelayo¹⁸, en Santander, y en la Biblioteca Pública Provincial de Guadalajara, por cierto este último encuadrado en piel con hierros dorados y en perfecto estado de conservación¹⁹. No dudamos que existan otros ejemplares dispersos en otras bibliotecas y colecciones particulares, teniendo en cuenta la difusión tan profusa que tuvieron estas sátiras en el siglo XVIII. Abundando en este aserto suponemos que debe existir material abundante sobre estas sátiras y sobre la vida del *Duende* entre los fondos documentales manuscritos e impresos existentes tanto en el Archivo y Biblioteca del Ayuntamiento de Madrid, como asimismo en el Archivo de Protocolos de la misma capital. Por razones de nuestra larga permanencia en el extranjero no nos

¹⁴ V. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Antología de poetas líricos castellanos*. Madrid, C.S.I.C., 1944, vol. II, pág. 301.

¹⁵ V. *Inventario general de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid*. Madrid, 1953-63, n.º 1.183, 1.847.

¹⁶ V. PASCUAL DE GAYANGOS Y ARCE: *Catalogue of the Manuscripts in the Spanish Language in the British Museum*. London, 1875-93, 4 vols., vol. I, pág. 309.

¹⁷ V. ALFRED MOREL-FATIO: ...*Catalogue des manuscrits espagnols et des manuscrits portugais*. Paris, 1892, n.º 542, págs. 161-162, y n.º 629, pág. 240; *Catalogue de la Bibliothèque Hispanique de R. Foulché-Debosc*, 1920, págs. 227 y 443.

¹⁸ V. MIGUEL ARTIGAS: *Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*. Santander, 1930, n.º 346, pág. 400.

¹⁹ ISIDORO MONTIEL: «Manuscritos de la Biblioteca Pública de Guadalajara», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, t. LVIII, Madrid, 1952, n.º 1, págs. 427-433; «Incunables, impresos del siglo XVI y manuscritos en la Biblioteca Pública Provincial de Guadalajara», en *Revista bibliográfica y documental*, Madrid, 1949, t. III, fasc. 14, págs. 141-161.

ha sido posible el consultarlos; pero la obra de Mesonero Romanos, los trabajos de Cambronero, de Peñasco de la Puente, y otros, nos hacen presumir de ello ²⁰.

Aunque con algunas variantes en el texto de los manuscritos, la citada colección fue publicada en el siglo XIX por una Sociedad de Artistas, acompañada de la biografía del *Duende* e ilustrada con más de cien grabados en boj que compusieron prestigiosos dibujantes y grabadores de la época romántica ²¹. Entre ellos merecen citarse el dibujante Carlos Mugica y Pérez, colaborador de la *Iconografía española* (1854), y los grabadores Sáez, Martí, Aliot y Cibera, artistas todos que, aunque con manierismo afectado, cultivaron con entusiasmo su profesión, trabajando en las ilustraciones y estampas de las revistas y libro romántico ²². La obra por su fondo y formato pequeño, aunque no sobresale por ningún tipo bibliográfico determinado, publicada así en 1844, es un libro romántico ²³, que parece exhalar una diatriba contra el neoclasicismo del siglo XVIII, impregnada en esa antipatía que el Romanticismo desplegó hacia el siglo de las luces. La algazara y el irrespetuoso regocijo con que eran recibidas estas sátiras en el Madrid del siglo XVIII, irritaron de tal manera el desagrado de la Corte de España, que todo el gobierno, especialmente el ministro Patiño, la reina Isabel de Farnesio, el cardenal Molina, y los alcaldes de Corte como jurisconsultos, tomaron como punto de honor y razón de Estado el descubrir y saber quién era el *Duende Crítico* al precio que fuese. Hasta tal punto se extremaron las medidas en la búsqueda del misterioso *Duende*, que se llegó a ofrecer una valiosa recompensa oficial a aquellos que lo descubriesen y lo delatasen, como asimismo a sus aliados y encubridores. Las diligencias que se practicaron a este respecto fueron muchísimas y muy atrevidas. Corrían espías por todas partes y muchas personas sufrieron injustas persecuciones con este motivo. Se dictaron reales decretos sometiendo a investigación a ciertos personajes de la nobleza, a varios generales del ejército y de la armada, a ministros del Gobierno, a dignatarios eclesiásticos, y a otros en los que coincidía una sospechada actuación. Hasta

²⁰ V. HILARIO PEÑASCO DE LA PUENTE: *La fuente de Santa Polonia y el Duende Crítico*. Madrid, 1889. Peñasco legó a la Biblioteca del Ayuntamiento de Madrid su biblioteca particular, muy numerosa y rica en curiosidades madrileñas. Colaboró con Carlos Cambronero y Martínez, quien fue archivero del Ayuntamiento de Madrid y organizador de la Biblioteca Municipal.

²¹ V. MANUEL FREIRE DE SILVA: *El Duende Crítico de Madrid. Obra histórico-política del siglo pasado...* Madrid, 1844.

²² V. MANUEL OSSORIO Y BERNARD: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*. Madrid, 1868; segunda edición, 1883-84.

²³ V. MARÍA DEL CARMEN DE ARTIGAS-SANZ: *El libro romántico en España*. Madrid, 1953-1955, tomo III, pág. 198, n.º 454.

tanto culminó la desconfianza en esta nerviosa coyuntura que llegaron a encarcelar a diversas personas ajenas por completo a las escandalosas sátiras del Duende. Contáronse, entre ellos, un teniente coronel de dragones, apellidado Campana, que fue condenado a presidio en Africa por suponerle distribuidor de papeles como los satíricos del Duende; y un abogado peruano, hombre de distinguida habilidad y conducta, estuvo preso algún tiempo en la cárcel de Madrid por sospecharse que fuera él el verdadero *Duende*. Un paje favorito, el más cercano al cardenal Molina, llamado don Pedro de San Vicente, fue citado por uno de los presos de la cárcel como elemento encubridor envuelto en este proceso. Se dijo que hasta el mismo rey Felipe V, que odiaba a Patiño y al cardenal Molina, se entendía con el *Duende*, ayudándole en la distribución de sus sátiras y procurándole medios para ocultarse y evadirse.

Mientras tanto el *Duende* permanecía oculto, creyendo qué no sería descubierto a las investigaciones que se hacían. Pero un día cundió por todo Madrid el rumor de que el verdadero *Duende* había sido descubierto y detenido en Talavera de la Reina, en donde —se decía— estaba de paso fugitivo para escapar a Portugal. El rumor así extendido era cierto, y entonces se comprobó que el verdadero *Duende* era un fraile carmelita descalzo, de nacionalidad portuguesa, llamado en religión fray Manuel de San José. El citado fraile fue arrestado y traído preso al convento de carmelitas descalzos en donde anteriormente residía, que era el llamado de San Hermenegildo, sito en la calle de Alcalá, de Madrid, hoy parroquia de San José. Dicho carmelita se llamó en el siglo Manuel Freire de Silva. Procedía de noble familia portuguesa y unía a su abolengo una gran cultura e ingenio sobresaliente. Enrolado como oficial de dragones en el ejército portugués luchó por la causa de los Austrias, tomando parte en muchos encuentros y batallas de la guerra de Sucesión. Al terminar ésta con la paz de Utrecht (1713), ingresó en la orden de los carmelitas descalzos, haciendo su noviciado y primeros estudios en un convento de la provincia de Navarra, y pasando después a residir en el citado convento de Madrid ²⁴, desde donde empezó a conmover a la Corte con el escandaloso proceso de sus papeles satíricos. Fray Manuel de San José tenía fama de orador sagrado, y su amena conversación y trato amable y exquisito le hicieron granjear el más estimado aprecio, no sólo entre los religiosos de su comunidad carmelita, sino también entre los seglares y personajes de las

²⁴ V. *Compendio de la historia general de los carmelitas descalzos...* 1803. Ms. en 4.^o, incompleto al final. Biblioteca Nacional de Madrid, n.^o 2.251; *Historia de la vida, prisión y fuga de ella de don Manuel Freyre de Silva en el siglo, y fray Manuel de San Josef en su religión...* Madrid, 1788; *La aflicción confortada*, traducción por Fr. MANUEL DE SAN JOSÉ. Ms. n.^o 12.655. Biblioteca Nacional de Madrid.

cortes española y portuguesa. Su influencia era tal que llegó a intervenir como mediador en las negociaciones del matrimonio de la única hija del conde de Villanueva, rico noble portugués, con el segundo hijo de la duquesa de Veragua y Berwick²⁵, entonces primera dama de honor y la más confidente de la reina de España Isabel de Farnesio. Dicho casamiento no llegó a efectuarse, porque ofendido el rey de Portugal, Juan V, por las ambiciosas intrigas de la reina Farnesio, hizo casar a la hija única del conde de Villanueva con el tercer hijo de la casa de Taborda²⁶, partido muy inferior en todo al proyectado con el segundo hijo de la de Veragua. Esta estratagema de Juan V de Braganza irritó vivamente el sentir de la reina Isabel de Farnesio, quien, callada y disimuladamente, esperó la mejor ocasión para vengarse del rey portugués. Y en efecto, fue a los pocos días, en el carnaval de aquel mismo año 1735, cuando se le presentó a la reina la circunstancia más propicia y mejor para su venganza: el motín popular ocurrido en la residencia madrileña del embajador portugués Cabral de Belmonte²⁷ el día 20 de febrero de 1735. El caso ocurrió de esta manera. De la villa de Algete, distante treinta kilómetros de Madrid, la justicia ordinaria traía preso a un homicida, y al entrar por la Puerta de Alcalá, se lo entregaron a una patrulla de soldados para que lo llevasen a la cárcel de la Corte. El reo venía montado en un asno, bien amarrado con sogas y atados los pies con grillos. Al ver este espectáculo un grupo de gente ociosa que estaba tomando el sol por aquel paraje del antiguo Madrid, empezaron a gritar y a burlarse de los soldados cominándoles para que dejases libre al reo, pues decían que las fiestas del carnaval debían permitir este perdón a los malhechores. Uniéndose a este grupo unos criados de librea del embajador Cabral de Belmonte, empezaron su refriega con los «blanquillos» (así le llamaba el vulgo a los soldados), les arrebataron el preso de las manos y dieron a éste asilo en la residencia de la embajada portuguesa, que ocupaba la llamada entonces casa de Béjar. El embajador Cabral de Belmonte, quien por ese momento estaba calentándose al fuego de una chimenea en compañía de un médico portugués apellidado Machado, sorprendido por este incidente, llamó en seguida a los lacayos que habían cometido tal desafuero, y quitándoles la librea, los despidió de su servicio, dando inmediatamente cuenta de lo ocurrido al gobernador del Consejo, car-

²⁵ Jacobo Francisco Fitzjames Stuart Colón y Portugal, duque de Veragua, de Berwick y de Ciria, muerto en 1785. Era hijo de la duquesa de Veragua y su segundo esposo el duque de Liria.

²⁶ Taborda. Casa nobiliaria portuguesa, descendiente de Gonçalo Vasques Taborda.

²⁷ Pedro Alvarez Cabral, señor de Belmonte, hidalgo y diplomático del siglo XVIII. Era hijo de Fernando Cabral, gobernador de Pernambuco y alcaide mayor de Belmonte, descendiente del descubridor del Brasil. Fue embajador de Portugal en Madrid desde 1729 a 1735. Murió el 15 de marzo de 1774.

denal Molina ²⁸. La noticia cundió por Madrid, apareciendo deformada y agravada, como suele ocurrir en estos casos. El embajador, que no podía hacer más de lo que hizo, y suponiendo que el caso no tendría otra trascendencia, quedó satisfecho de su conducta en este incidente y esperó la respuesta del rey Felipe V y de la reina Isabel de Farnesio, que por entonces estaban en el palacio del Pardo. La respuesta fue que el martes de carnaval, a las nueve de la mañana, tres compañías de infantería con bayoneta calada invadieron la residencia del embajador, y atando ignominiosamente a cuantos criados encontraron en cocinas, reposterías y antesalas, se los llevaron presos públicamente por las calles a la cárcel de la Corte. Ante tales injurias sufridas por la embajada portuguesa en Madrid, en las que se veía claramente el airado proceder de la reina Farnesio, intervino el padre fray Manuel de San José, aconsejando al embajador Cabral de Belmonte que abandonase inmediatamente Madrid y despachase postas para Lisboa. Cabral salió, en efecto, de Madrid, y desde Chinchón mandó informe de lo sucedido al rey de Portugal. Al saberse la noticia en Lisboa, el gobierno portugués ejerció represalias, mandando asimismo asaltar aquella embajada española por una compañía de granaderos, y rompiendo relaciones diplomáticas con España. Como consecuencia, el marqués de Campollano, embajador español en Lisboa, tuvo que salir de esta ciudad al mismo tiempo que Cabral de Belmonte abandonaba Madrid. El incidente excitó tanto la tensión entre las dos coronas, que los dos gobiernos empezaron a prepararse para una guerra. España hizo destacamento de tropas hacia Badajoz y armó una escuadra en Cádiz para tomar el puerto de Peniche. Portugal, por su parte, trató de obtener la ayuda del gobierno inglés, enviando a Londres con este propósito al diplomático y estadista Marco Antonio de Azevedo Coutinho ²⁹, quien por entonces era secretario de Estado de Juan V. En efecto, Inglaterra ofreció a Portugal un contingente de 20.000 soldados, y una flota de 26 navíos ingleses mandada por el almirante John Norris ³⁰ arribó al puerto de Lisboa el 9 de junio de aquel mismo año, dispuesta a entrar en ataque. Gracias a las negociaciones del embajador inglés en Portugal lord Tirawley ³¹, y a los sagaces manejos que el as-

²⁸ Fr. Gaspar de Molina y Oviedo murió en Madrid en 1743 ó 1745. Poseyó una gran biblioteca particular. (V. *Yndice de los libros que contiene la Librería del Emin. Sr. Cardenal OFR... y otros agregados a ella, en este Colegio del Señor San Ignacio, Orden de N. P. S. Agustín*. Sevilla, 1749.)

²⁹ Diplomático y estadista portugués, secretario de Estado de Juan V. (V. *Instruções inéditas de D. Luiz da Cunha a Marco Antonio de Azevedo Coutinho*, prefacio de António Baião. Publicação da Academia das Ciências.)

³⁰ John Norris estuvo en Portugal como embajador extraordinario en 1737.

³¹ Tirawley fue diplomático inglés y embajador de Inglaterra en Lisboa de 1728 a 1741. Volvió a Portugal como embajador y nueva misión en 1762.

tuto carmelita fray Manuel de San José hacía desde Madrid, pudo evitarse la guerra entre los dos países. Realmente Juan V quería vivir en paz con España. Para asegurar la concordia había ajustado ya este doble matrimonio: María Ana Victoria³², la hija de Felipe V, casaba con su hijo José, príncipe del Brasil y heredero de Portugal (José I)³³; y su hija, la infanta lusitana María Bárbara de Braganza, era princesa de Asturias y futura reina de España; y la satisfacción de verla sentada en el trono de los Reyes Católicos podía más que el resentimiento de un agravio pasajero producido en un simple incidente diplomático, ocasionado, al fin y al cabo, por una italiana envidiosa e intrigante como fue la reina Farnesio. Con todo, las negociaciones fueron difíciles y morosas; pero al final se firmó un acuerdo de amistad en 16 de marzo de 1737, interviniendo como mediadoras Francia, Inglaterra y Holanda.

Fue durante estas circunstancias de tensión y violencia, cuando fray Manuel de San José hacía circular su decantada sátira en hojas clandestinas y anónimas, escrita a mano e intitulada *El Duende Crítico de Madrid*. Aparecían todos los jueves firmadas por el *Duende*, y continuaron así, circulando profusamente desde el 8 de diciembre de 1735 hasta el 7 de junio de 1736. Cuando así el *Duende* divertía a la ociosidad y entretenía la admiración, amargando la vida del ministro Patiño, irritando cada vez más el temperamento de la reina Farnesio, creyendo velar por los intereses de Portugal, y tratando de vengar las ofensas hechas al embajador Cabral de Belmonte, ya hemos dicho que fue detenido en Talavera de la Reina por los agentes del cardenal Molina y traído preso a Madrid, permitiéndosele residir como arrestado en su convento de San Hermenegildo. En esta situación el general de los carmelitas descalzos, que a la sazón era un andaluz, fray José del Espíritu Santo, recientemente elegido en el capítulo general celebrado en Pastrana el año 1736, ordenó al citado fray Manuel de San José su inminente salida de Madrid, mandándole desterrado a Portugal, porque decía era él, sin duda, el verdadero Duende, autor de las tan celebradas sátiras. No faltaron comentarios que

³² María Ana Victoria, hija de Felipe V y de Isabel de Farnesio. Era llamada familiarmente «la Mariannina». Concertado su matrimonio con Luis XV de Francia, éste no se efectuó, y fue devuelta a España por la Corte de Versalles en mayo de 1725. El 19 de enero de 1729 se reunieron los reyes de España y Portugal en un palacete construido al efecto en medio de un puente sobre el río Caya, divisorio entre los dos reinos, para hacer las mutuas entregas de doña María Bárbara de Braganza que al día siguiente celebraba sus desposorios con el príncipe de Asturias don Fernando, al mismo tiempo que los de doña María Ana Victoria con don José de Braganza, príncipe del Brasil, primogénito de Juan V de Portugal. Las negociaciones previas para estos matrimonios fueron hechas por el marqués de Capicciolatro, plenipotenciario español en Lisboa durante aquel tiempo.

³³ José I de Portugal (1715-1777). Rey de Portugal de 1750 a 1777. Enfermó el año 1774 de apoplejia, y entonces fue regente del reino su esposa doña María Ana Victoria, hasta que muerto José I en 1777, ciñó la corona su hija doña María I.

condenase la actitud y repentina decisión del general carmelitano; pues muchos la atribuían especialmente al deseo que éste tenía de congradiarce con la covachuela y de atraerse la simpatía de la reina Farnesio. No obstante, el cardenal Molina, en su deseo de retener a toda costa al *Duende* en Madrid para castigarle y hacer justicia, se opuso rotundamente, y ordenó que fuera suspendida la marcha tan pronto como fuera posible. En efecto, el citado carmelita fue detenido otra vez en Talavera de la Reina, adonde había marchado nuevamente por orden de su padre general, para ser desterrado a Lisboa. A los tres días llegó el *Duende* a Madrid, conducido desde Talavera en un coche del juez Quincoces³⁴, presidente de la Sala. Llevado en él al convento, fue recluido en una celda estrecha, e incomunicado y con todas las formalidades de una rigurosa prisión, allí quedó desde las nueve de la noche del día 30 de mayo de 1736. Cosa extraña: el general carmelitano, fray José del Espíritu Santo, moría de repente tres días después, el 2 de junio, y a la misma hora que tres días antes había encarcelado a fray Manuel de San José. La opinión de que, según Santa Teresa de Jesús, un andaluz no era apto para general de los carmelitas descalzos, dio pábulo a la imaginación popular para pensar si la repentina muerte de este padre general sería efecto de una misteriosa providencia superior debida a la transgresión de la ordenanza teresiana; pues es sabido que fray José del Espíritu Santo, por el hecho de ser andaluz de nacimiento, fue excluido en el capítulo anterior, a pesar de haber conseguido más votos que el electo general fray Pablo de la Concepción, navarro de nacimiento, quien, más tarde, por motivos políticos fue arrestado en Bilbao y conducido a la Alhambra de Granada, en donde murió de manera misteriosa.

Entre los papeles que se requisaron a fray Manuel de San José, y que se remitieron al cardenal Molina para su proceso judicial, se encontró uno, escrito de mano ajena, titulado *Consejos saludables al Duende de Madrid*, en el cual se incluían notas marginales con estas alusivas referencias: «Que se acordase que había Alhambra en Granada y zahurdas de Plutón³⁵ y que no escribiese más.» Esta última aludía a las cárceles del infierno visto en los *Sueños de Quevedo*, y aquélla a la prisión en Granada de fray Pablo de la Concepción. De lo que pasó en su encierro poco o casi nada se sabe; puesto que la reclusión y la vigilancia eran tales que no podían hablar con él ni aun los religiosos del convento. Se dice que el padre provincial le visitó tres

³⁴ Fernando Francisco de Quincoces (1674-?). Alcalde de Corte en 1728, y luego consejero del Supremo de Castilla y su Cámara.

³⁵ Uno de *Los sueños de Quevedo*, obra terminada en 1608. Fue titulada primeramente *Sueño del infierno*, y modificada después con el título de *Zahurdas de Plutón*. (V. *Los sueños*, ed. de J. Cejador. Madrid, 1949, vol. I.)

veces, y el señor Quincoces muchas más, porque, como juez encargado de su causa, iba a tomarle declaraciones, aunque fray Manuel se desembarazaba hábilmente de estos interrogatorios, y nada conseguían probarle con certeza y evidencia.

No volvieron a aparecer más aquellas hojas clandestinas y durante nueve meses el pueblo estuvo sin saber algo positivo acerca de fray Manuel de San José. Unos le daban por muerto y otros por desterrado, cuando de repente cundió por Madrid la noticia de que el citado fraile se había escapado de su cárcel del convento, burlando hábilmente la estrecha vigilancia de cincuenta soldados que hacían guardia en las puertas del convento y de la iglesia. La gente, en sus comentarios, daba por cierto que éste era, sin duda, el verdadero *Duende*, a juzgar por la manera incomprensible y misteriosa con que había efectuado su fuga. Ocurrió ésta a las ocho de la mañana del día 17 de marzo de 1737. Examinada la celda por el padre Provincial y prior del convento, y por un representante del Inspector General de Infantería, se comprobó que todo estaba en regla, las cerraduras intactas, y por ninguna parte señales de escape o violencia. Mientras tanto fray Manuel de San José, en su peligrosa odisea por espacar pronto de la corte y huir a Portugal, se dice que estuvo primeramente refugiado en el antiguo convento de padres agoni-zantes sito en frente del Hospital General y en donde conociera él a un religioso portugués, llamado padre Carballo, que allí estaba. Como no le concediera asilo el prior de aquel convento por temor a represalias, nuestro *Duende* se encaminó después a casa de otro amigo portugués, llamado don Alejandro, hidalgo aventurero quien, huido de Lisboa por azares donjuanescos y muje-riegos, residía en Madrid, viviendo amancebado con una tal doña Leonor, antigua camarista palaciega, a quien había engañado en Portugal. Este don Alejandro, hombre de genio inquieto y bravo, tenía fama de valeroso y temerario, había estado en el Brasil y luchado victoriamente contra los turcos durante un encuentro naval en aguas del Atlántico. En Madrid, encartado también en el proceso del *Duende*, estuvo cuatro meses preso. Su amante, doña Leonor, le enviaba a la cárcel diariamente el puchero y entre la verdura solía introducir algunos papeles satíricos del *Duende*, los cuales vinieron a parar, casi todos, a manos del juez Quincoces. Refugiado fray Manuel de San José en casa de don Alejandro y su amante, fue cuando dispuso que éste distribuyese entre el público y con el mayor sigilo los quince ejemplares de una carta extensa dirigida al padre general de los carmelitas descalzos, y que el susodicho Fr. Manuel de San José había escrito, de su puño y letra, en su misma celda de reclusión, horas antes de escaparse. En ella hacía declarar a su superior lo injusto y atropellado de su encarcelamiento, y apoyándose en textos

de la Sagrada Escritura, en sentencias de los Santos Padres, y en las injustas reclusiones sufridas por santos y religiosos de su orden, como las de San Juan de la Cruz³⁶ y su compañero fray Germán, pretendía defenderse con el más sagaz razonamiento y con las reflexiones más propias de un agudo crítico. En su largo manifiesto (pues así parece su extensa carta) terminaba diciendo que nadie, seglar ni religioso, le había prestado ayuda para escapar de su prisión, y que «todo había corrido a cargo de Dios, usando en ello de tan especiales providencias...»³⁷. Todos los ejemplares fueron repartidos con éxito por don Alejandro. Entregados en manos de los criados de las casas adonde iban dirigidos, nadie podía adivinar cuál era su procedencia y quién había sido su distribuidor.

La policía, entretanto, perseguía a toda costa al *Duende*. Se anunció públicamente una recompensa oficial de 3.000 doblones³⁸ para aquel que lo delatase o capturase. Su vida estaba en peligro a todas horas, pues se habían tomado todas las medidas posibles para prenderle. Las puertas de la ciudad estaban rigurosamente vigiladas. Se registraba a todos los que salían y entraban. Patrullas de caballería armada rondaban de noche y de día por calles y suburbios de la villa. Los mesones, posadas y aldeas vecinas, enclavadas en caminos que conducían a Portugal, estaban tomados y prevenidos. Fray Manuel de San José, protegido fuertemente por el citado don Alejandro y su amante, y más tarde por un sastre conocido suyo, llamado don Sebastián³⁹, encontró nuevo refugio para ocultarse en casa de una señora beata muy dada a devociones, quien, al parecer, desconocía el proceso escandaloso del *Duende*, pero creyendo hacer un bien, solía ocultar en su casa a ciertos perseguidos por la justicia, sin pensar cuál fuera su delito. El sastre ayudaba generosamente a fray Manuel, trayéndole alimentos y proporcionándole cantidades de dinero que obtenía de otros amigos. Gracias a la protección de éstos, el citado car-

³⁶ San Juan de la Cruz (1542-1591). La lucha que se inició entre los carmelitas mitigados o calzados y los descalzos, con motivo de la reforma, produjo una cruda guerra a este santo. En la noche del 3 de diciembre de 1577 fue detenido y conducido preso al convento de carmelitas calzados de Toledo, en donde fue objeto de los peores tratos y humillaciones. A los ocho meses se fugó de una manera misteriosa, y ayudado por Santa Teresa de Jesús, se dirigió a Almodóvar. Se dice que durante su prisión compuso los versos inmortales de su *Cántico espiritual* y algún otro poema.

³⁷ V. MANUEL FREIRE DE SILVA: *Ob. cit.* en nota 21, pág. 182.

³⁸ Doblón: antigua moneda de oro que circulaba entonces con el valor de 2, 4 u 8 escudos (estos últimos se llamaban onzas). Desde Felipe V hasta 1764 llevaba el escudo en el reverso, y en el anverso el busto real con gran peluca, armadura y sin láurea. Además del nombre y ordinal del rey llevaba la leyenda «D. G. Hisp. et Ind. Rex» y el año. Los escudos, además de ir cargados con el escudete de Portugal, llevaban el toisón y las insignias del Espíritu Santo con la leyenda «Initium sapientiae timor Domini» en los de Felipe V y Fernando VI.

³⁹ En el ms. original se elude el mencionar los apellidos de estas personas que ayudaron al *Duende*, para evitar que se cometieran represalias contra ellas.

melita pudo contratar a un mozo mensajero de postas, para que fuese a Portugal y entregase a aquel ministro de Estado una carta que él había escrito, informándole de lo que pasaba. Después de pocos días oculto en aquella casa, fray Manuel salió disfrazado una mañana por las calles de Madrid, y encaminándose a las Vistillas de San Francisco, bajó toda la cuesta, atravesó por medio del cordón de guardias que vigilaban en el puente de Segovia, y llegó a la ermita de San Isidro, en donde pudo descansar más de tres horas, esperando en vano la cita de su amigo y protector don Alejandro. De allí montó en una de las recuas pajeras que iban de vacío en regreso para Getafe, y así logró alejarse de las cercanías de Madrid. En Getafe pasó la noche en casa de uno de aquellos modestos y humildes trajinantes, y al amanecer del día siguiente, montando nuevamente en una prestada caballería, se dirigió al convento de capuchinos de la villa de Cubas de la Sagra. Allí pidió asilo al guardián y solicitó un sacerdote, pues quería hacer confesión general, ya que llevaba un riesgo constante en su vida. Con este fin fue presentado a fray Ambrosio de Salamanca, entonces definidor general de la orden y capuchino de reputación muy conocida en aquel tiempo. Como a este tiempo llegara al susodicho convento el alcalde de Getafe, quien, cumpliendo órdenes rigurosas del cardenal Molina, decía venía buscando a un sospechoso viajero que estaba detenido en aquella casa, dicho fray Ambrosio le salvó, declarando que el huésped alojado no era un sospechoso, sino un antiguo amigo suyo colegial del Mayor de Salamanca, caballero natural de Guadalajara, llamado don José Estrada, quien había querido llegar de incógnito y revivir antiguas memorias de su amistad. La autorizada declaración de fray Ambrosio salvó al *Duende* en esta ocasión de un momento difícil, pues el alcalde, creyendo una ofensa para el definidor general el insistir más sobre la inspección, con inocentes tragaderas se marchó satisfecho del convento. Al día siguiente llegó por fin don Alejandro, el cual se había despistado de fray Manuel durante su escapada de Madrid. Ambos salieron muy de mañana de Cubas de la Sagra y se dirigieron a Toledo, en donde, tras de vencer algunas dificultades, encontraron un mozo de postas y dos mulas que le condujeron al monasterio de Guadalupe. De allí, después de descansar en el santuario y afianzar más sus falsos papeles credenciales, en los que se ocultaba con el nombre de don José Estrada, pasó a la ciudad de Zafra, hospedándose en casa de un tal don José Ortega, cacique respetado en la ciudad, para quien el *Duende* llevaba carta de recomendación dada también por un franciscano de Guadalupe. El citado Ortega le recibió con toda credulidad, dando por auténticos los testimonios que presentaba. De Zafra salieron para Olivenza⁴⁰, en la frontera con Portu-

⁴⁰ En la época del *Duende* era villa portuguesa perteneciente a la provincia de Alentejo. Desde el 20 de mayo de 1801, en que fue conquistada por un ejercito español mandado

gal, adonde llegaron desviando el camino real y caminando más de una vez entre trochas y malezas, para despistar a las patrullas castellanas que acordaban vigilantes la frontera. Vadeando un río entraron sin peligro en tierra portuguesa, enterándose allí por los soldados de patrullas fronterizas de que su carta había llegado a manos del Secretario de Estado, y que éste había dado órdenes para que reforzasen las fronteras, pues llegaba de España un fugitivo que se refugiaba en Portugal.

Ya en Olivenza, el gobernador que era primo suyo y que había recibido instrucciones oficiales del Secretario de Estado para ayudarle, le aconsejó que se vistiera a la francesa y que marchase a Aldeia Galega do Ribatejo ⁴¹. Allí llegaron el miércoles santo por la tarde, y a la mañana siguiente se encamaron para Lisboa, embarcando en una fragata real que expresamente había venido a aquel puerto para recogerle. Arribados a Lisboa aquella misma noche, fray Manuel de San José fue recibido por el Rey inmediatamente, informándole aquél de todo lo ocurrido. Contestóle el Rey que, conviniendo al reino por entonces tolerar todas las extravagancias de la reina de España, sería mejor que se ignorase su acogida en Portugal, y que se dispusiese para marchar a Italia, en donde debería vivir de incógnito y a expensas del rey de Portugal. Cumpliendo lo ordenado, fray Manuel de San José marchó a Italia. Protegido por Juan V y sus ministros, y recomendado al marqués de Bandeira, portugués de influencia avecindado en aquel país, residió en Florencia disfrazado unas veces de seglar, otras con el uniforme de coronel de dragones, y al final vistiendo nuevamente el hábito carmelitano. Bajo el reinado de Fernando VI, en 1747, y con la protección de doña Bárbara de Braganza, regresó a España. Despues de vivir algún tiempo en el convento de Vitoria, marchó otra vez a Portugal. Poco después, declarado como buen religioso, moría en la villa de Riolos, siendo enterrado su cuerpo en el convento de San Francisco de aquella población. A este tiempo, su acompañante y protector el inquieto don Alejandro ya había sido perdonado por Juan V, y permitiéndosele vivir en Portugal, pero lejos de Lisboa, residió en la villa de Alvora en compañía de su doña Leonor, quien, rehabilitada por el Rey y ya casada con don Alejandro, disponía de su mayorazgo. Así terminó la ruidosa historia de este *Duende*, uno más de los que registra la sátira política en España.

por don Manuel Godoy, es ciudad española perteneciente a la provincia de Badajoz. A pesar de lo dispuesto en el art. 105 del Acta final del Congreso de Viena (9 de junio de 1815), en el que se aconseja a España restituir a Portugal la villa de Olivenza, ésta continúa siendo española.

⁴¹ Aldeia Galega do Ribatejo. Por decreto n.º 18.434 del 7 de junio de 1930 se cambió el nombre de esta villa portuguesa en el actual de Montijo, villa de la provincia de Extremadura (Portugal) distante 12 kilómetros de Lisboa.